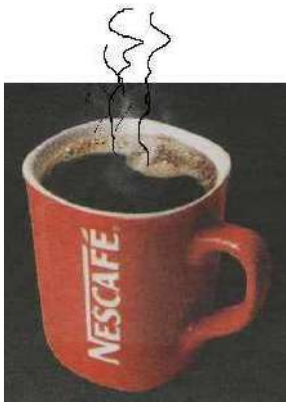




Órgano Oficial de la Nao Valparaíso - Patrimonio Cultural e Inmaterial de Valparaíso
Boletín Creado en Tapihue el 25 Enero de 2006 por TBC,
emitido bajo la Singladura del Capitán "Salmón"
Desde la Caleta de Valparaíso - V Región - Nr. 404 - Año XXI - 20 Marzo 2026
Editor : mariocerpa@gmail.com

EDITORIAL



Hola Hermanos, muchachos y bichicumas, antes de empezar a saborear este Vaul, tómese un par de minutos y prepárese un rico café, en serio, yo lo hice, pero ya había comenzado, y me tomé unos cuantos, claro está que este trabajo de escribir y pegar fotos me tomó horas, pero me entretuvo "caleta", como dicen los lolos y además "pa' estar en onda"...

Terminamos con este zafarrancho del BE Esmeralda, lo pasamos súper bien, con los invitados, varios marinos, dos guardiamarinas, dos Tenientes más Hermanos de otras Naos nos juntamos más de 40 cráneos.

Tomamos un montón de fotografías y las pegamos todas de un tirón, así parece que uno le agarra más gusto, pero eran demasiadas fotos, algunas tuve que botarlas, eran muy parecidas, bien no perdamos tiempo y vamos "al grano" como dijo el dermatólogo..

Un abrazo
TBC

Zafarrancho BE Esmeralda

Entrega Bandera pirata HHCC a Cap BE Esmeralda

(fotografías de Hno Zorro, Tritón, SeaHorse, Caron-T y TBC)

Cuarenta y dos cráneos se arriaron este martes 17 de marzo a las 19 campanadas en nuestra guarida de la calle Cochrane 518, Valparaíso. Entre oficiales, tenientes y guardiamarinas de la Armada, y los Hermanos de la Capitanía Nacional —Espartano, Jack y Ventura— la cubierta rebosaba de camaradas. También se hicieron presentes los Capitanes de Naos Trauko 69, Mercator y Sea Horse, en representación del Cap Aquaman y su ayudante Gran Cosaco, además de corsarios venidos de Punta Arenas, Talcahuano y Algarrobo.

El zafarrancho comenzó puntual, con el himno entonado a todo pulmón y el Octálogo leído como manda la tradición. Luego, cada hermano tomó su escota para presentarse, mientras la tripulación era atendida con empanaditas, aceitunas y brebajes que corrían como ron en taberna.

Las voces se alzaron: el CN Espartano ilustró a las visitas sobre nuestra Hermandad; Sea Horse recordó la primera mesa en Londres e Italia; Catador evocó el nacimiento de la Cofradía; y Tritón entregó presente al Comandante Gibbons. Entre risas, brindis y palabras, la noche se convirtió en travesía compartida, con camaradería tan firme como el mástil y alegría tan contagiosa como las olas que baten nuestro puerto.

Estuvimos presentes...Capitán Hno. Salmón, Hno. Cuervo Azul, Hno. Catador, Hno. Genghis Khan, Hno. Columbo, Hno. Letal, Hno. Caron-T, Hno. Grillete, Hno. Zorro, Hno. Lolo, Hno. Proel,



Hno. TBC, Hno. Canalero, Hno. Tritón, Hno. Cap Nac Espartano, Hno. Ltte. Nac. Jack, Hno. Escribano Nac. Ventura, Cap. Mercator, Cap. Trauko 69, Hno. Sea Horse, Hno. Gran Cosaco, HHH KapBitter, Hno. Ignominatus, Hno. Chuck (Nao Punta Arenas), Cap Navio Comandante Gibbons, Of SOM Hernán Alcayaga (Condestable Mayor), Guardiamarina Sebastián Vargas, Guardiamarina Camila Castro, T1 Piero Lavin (jefe curso marineros y soldados de instrucción), St Percival Rodriguez (of de control de averías), T2 LT Catherin Medina (instructora de guardiamarinas), Much. Teran, Bichi Pepe, Bichi Tello, Bichi Lisard, Polizón Ivano, Polizón Presidente Joaquín Prieto y Bichi de Algarrobo.



El CN hace entrega de la bandera de la Hermandad de la Costa al CN Edward Gibbons, Comandante del BE Esmeralda, buque insignia de la Cofradía.





Un saludo y agradecimiento especial al Hermano Columbo y al polizón Ivano, maestros de maestros en el Fogón... orzaaaaaa !!!



...y así terminamos amigos mostrando las primeras 4 fotos tomadas al comienzo del Zafarrancho...já !!

Ah !! Nos faltó el TR del Hermano Morse...aquí vá...



Estimado Capitán Nacional “Espartano”, Capitán de la nao Valparaíso Hermano Salmón, Comandante del BE Esmeralda CN Edward Gibbons, Capitanes de naos, Oficiales Nacionales, HHM “Kapbitter”, Consejero de los XV Hermano Grillete, estimados invitados, oficiales, muchachos, bichicumas y polizones.

Trazado de rumbo zafarrancho BE Esmeralda

(Autor Hno. Morse y leído por Hermano Genghis Kahn)

Navegando vientos de tradición en búsqueda de tesoros de hermandad



Desde hace siglos, los hombres de mar han comprendido que el mar ha sido el motor de la historia humana, actuando como la principal vía de conexión, comercio y desarrollo de civilizaciones. Desde la antigüedad se han trazado rutas que conectan culturas, permitiendo el intercambio de ideas, tecnología, comercio y sustentado a cada pueblo con fuentes de alimentos y recursos, todos estos esenciales para el desarrollo de la sociedad.

De ese entendimiento nace la Hermandad de la Costa, cofradía o comunidad espiritual, orientada a unir y relacionar fraternalmente a los hombres amantes del mar, que tengan un espíritu noble, generoso, libertario y tolerante, ya que reconoce en el mar como elemento de unión y en cada navegante, a un hermano. Sus ordenanzas, sencillas pero profundas, recuerdan que la verdadera riqueza del marino no se mide en botín ni en gloria, sino en amistad, lealtad y respeto por el océano.

Bajo ese mismo espíritu universal del hombre de mar, Chile dio un paso decisivo en la consolidación de su tradición naval moderna. En el mismo año de creación de la Hermandad de la costa, el estado promulgó la ley n° 10.233, publicada el 29 de diciembre de 1951, norma que autorizó al presidente de la república a contratar la adquisición o construcción de un buque escuela a vela y motor, destinado a la instrucción del personal de la armada.

El objetivo principal de esta ley fue claro y trascendente: dotar al país de un buque escuela, concebido no solo como plataforma de instrucción técnica, sino como formador del carácter y del espíritu marino.

De esa visión nace el actual buque escuela esmeralda, que desde entonces zarpa cada año llevando consigo no solo guardiamarinas en formación, sino también la tradición marítima de Chile. Sus velas no capturan únicamente el viento de los mares: recogen la memoria de quienes navegaron antes, de aquellos que comprendieron que el mar es, al mismo tiempo, escuela, desafío y punto de encuentro.

Así, al iniciar cada nuevo viaje, el rumbo de la Esmeralda no nace en el presente.

Nace mucho antes.

Nace en las antiguas singladuras de marinos que aprendieron que el mar enseña humildad. Nace en las tradiciones que dieron vida a la Hermandad de la costa. Y nace también en cada uno de quienes alguna vez navegaron en la Esmeralda, guardando en la memoria el crujir del casco, el silencio de las guardias nocturnas y ese instante preciso en que el horizonte se confunde con los sueños.

Quienes hemos navegado en ella sabemos que el buque no es solo un barco. Es una escuela flotante de carácter, disciplina y espíritu marino.

En cada crucero de instrucción, la mar entrega sus lecciones: la paciencia de las largas travesías, la camaradería que se forja en cubierta y esa certeza que solo aparece cuando el océano rodea al buque en todas direcciones: que el mar une más de lo que separa.

En este contexto, la bandera de la hermandad de la costa adquiere un significado especial cuando navega junto a un buque escuela. Cada uno de sus elementos evoca principios que también guían a quienes sirven en la mar:

La calavera, símbolo de la igualdad absoluta entre los hermanos de mar.

Las tibias cruzadas, recordatorio del valor y la determinación frente a la adversidad.

Su fondo negro, evocación del misterio y la profundidad del océano, más el espíritu libertario del corsario, representación de la independencia del navegante y de su respeto por el mar.

Cuando esta bandera acompaña la navegación de un buque escuela, su significado se amplifica. Recuerda que el marino no solo debe dominar técnicas y maniobras, sino también valores que trascienden generaciones, aquellos que no figuran en los manuales, pero que definen al verdadero hombre de mar.

El pasado nos enseña que navegar nunca ha sido únicamente desplazarse sobre el océano, sino también construir historia y comunidad. Desde las antiguas naos que surcaron los mares en los albores de la exploración marítima hasta los buques que forjaron la tradición naval chilena, cada travesía ha sido una página escrita sobre la mar.

En esa misma tradición se inscribe el Buque Escuela Esmeralda, heredera de navegantes que han llevado el pabellón nacional a los puertos del mundo, tal como en su tiempo lo hicieron las naos y fragatas que unieron continentes, culturas y pueblos.

La Hermandad de la Costa, por su parte, recoge ese espíritu universal del navegante. Sus ordenanzas y su bandera —con sus símbolos de fraternidad, libertad y respeto por el océano— recuerdan que, más allá de nacionalidades o generaciones, existe una comunidad de hombres y mujeres de mar unidos por un mismo horizonte.

Hoy, en el marco de este viaje de instrucción 2026, la Esmeralda continúa cumpliendo una misión que trasciende la formación profesional de sus guardiamarinas. Cada puerto visitado, cada maniobra ejecutada y cada encuentro con marinas extranjeras constituyen una expresión concreta del rol de la Armada de Chile en la cooperación internacional y el apoyo a la política exterior del estado.

En este contexto, la Esmeralda se convierte en una embajadora itinerante de Chile, proyectando no solo la capacidad naval del país, sino también su cultura marítima, su tradición y su vocación de entendimiento entre naciones.

En esa misma travesía simbólica, la Hermandad de la Costa encuentra un eco natural en la navegación del buque escuela. Ambas instituciones —cada una desde su ámbito— comparten valores esenciales: camaradería, respeto por la mar, memoria de los navegantes y fraternidad entre quienes han hecho del océano su destino.

Por ello, cuando la Esmeralda arriba a un puerto extranjero, no llega únicamente un buque de la Armada de Chile: arriban también la historia marítima de un país y el espíritu universal del navegante, ese mismo que inspira a los Hermanos de la Costa en cada caleta del mundo.

Cada generación de marinos que se forma a bordo de la Esmeralda recibe una herencia y, al mismo tiempo, asume la responsabilidad de proyectarla hacia el futuro.

Hoy al igual que ayer el mar sigue siendo el gran punto de encuentro y unión, permitiendo que este pedazo de Chile, represente y se proyecte al mundo al igual que los Hermanos de la Costa, con el amor al mar como guía.

Hermano Morse

*NdelE: El **buque escuela Esmeralda** es un buque de instrucción de la Armada de Chile de construcción española. Es el sexto buque chileno bajo el nombre Esmeralda, aunque coloquialmente se le conoce como «La dama blanca». Actualmente es el tercer velero más grande del mundo (considerando el puntal y la eslora), junto con su gemelo perteneciente a la Armada Española, el Juan Sebastián de Elcano.^[2]*

Su nombre honra tanto a la fragata *Esmeralda* —navío de la escuadra española capturado en *El Callao* la noche del 5 de noviembre de 1820, por el almirante *Lord Thomas Alexander Cochrane*— como a la corbeta *Esmeralda* —navío al mando del comandante *Arturo Prat Chacón*, muerto en el *Combate Naval de Iquique*—.

Los oficiales egresados de la *Escuela Naval Arturo Prat* y las 70 primeras antigüedades del *Personal de Mar* egresados de la *Escuela de Grumetes Alejandro Navarrete Cisterna* realizan el *Crucero de Instrucción* a bordo del buque escuela por el plazo de un año. (Wikipedia)

De cómo casi pierdo los dientes en mi primer combate, y gané un alfanje a la medida de mi mano

Arrímate más al farol, rapaz, que esta historia no se cuenta a gritos ni a la luz limpia del día. Además, mis huesos viejos no se estiran solos, y hablar de juventud siempre me afloja la lengua. Así que escucha bien, y no me mires con esa cara de “*el viejo exagera*”, porque por esta pierna coja y esta cicatriz en la ceja te juro que todo ocurrió tal cual lo recuerdo... o muy parecido, según el ron.

Yo no siempre fui este lobo de mar con barriga de barril y juramentos precisos. Hubo un tiempo — cuando mis bigotes apenas sabían lo que era la sal— en que era un bichicuma flaco como palo de fregona, embarcado en el galeón pirata *La Pincoya*, nombre que ya presagiaba problemas.

Mi primer combate llegó una mañana gris, con el mar tan quieto que daba desconfianza. El vigía gritó desde lo alto:

—¡Vela por sotavento! ¡Bandera española!

Y, por todos los demonios del Caribe, el silencio cayó más pesado que un ancla mal soltada. Una nave de guerra española no era cosa de risa: cañones bien engrasados, marineros entrenados y oficiales con el trasero tan tieso como la cruz del mástil.

Yo tragué saliva. Nunca había participado en un combate de verdad. Hasta entonces mi experiencia bélica se limitaba a peleas de dados y a esquivar escobazos del condestable. Así que hice lo que hace todo joven sensato cuando piensa que va a morir: fingí que sabía lo que estaba haciendo.

El capitán berreó órdenes, el tambor de combate sonó como corazón enfermo y cada cual corrió a armarse. ¿Yo? Pues yo no tenía espada, ni pistola, ni nada que pareciera digno de una canción marinera. Así que empecé a agarrar cuanto objeto contundente encontré a mi alcance. Primero



fue una cabilla suelta, luego un martillo de calafate, y por último una bola de hierro que servía para ajustar cabos, tan pesada que pensé que si no mataba a nadie por lo menos podría hundir el barco por accidente. Me colgué la cabilla al cinto como si fuera una espada elegante y me convencí de que el miedo era sólo hambre... aunque acababa de desayunar. Los cañones hablaron primero.

Un estruendo, humo negro, astillas volando como mosquitos de madera. Cuando los barcos se engancharon lado a lado y oí el grito de “¡Abordaje!”, sentí que el alma intentó abandonar el cuerpo sin despedirse.

Subimos a la nave española como una marea maleducada. Yo iba detrás, claro, porque el valor también necesita empujones. El combate en cubierta no se parece a las historias limpias de los libros. Es estrecho, resbaloso, lleno de cuerdas traicioneras y mástiles que te esperan para romperte las costillas.

Recuerdo a un soldado español aparecer frente a mí, sable reluciente, bigote fino, cara de que había desayunado mejor que yo. Levantó el arma con elegancia... y yo, con toda la dignidad del mundo, le lancé la bola de hierro.

No fue un gesto heroico, fue pánico puro. La bola no voló, cayó. Pero cayó justo donde debía. El español desapareció del combate y yo descubrí una verdad fundamental de la guerra: no hace falta estilo si tienes buena puntería y peso suficiente.

Después usé el martillo. Un arma poco noble, pero muy convincente. Cada golpe resonaba como campana de puerto. Perdí la cuenta de cuántas veces me caí, me levanté y pisé algo que preferí no identificar.

Cuando por fin el combate terminó, la cubierta parecía mercado tras huracán. Habíamos ganado. La nave española se rindió, y yo seguía entero, aunque con las piernas temblando como jarcias flojas.

El reparto del botín llegó al atardecer. El tesoro se dividía según reglas claras, aunque siempre había gritos y acusaciones de que alguien había contado mal a propósito. A los veteranos les tocaron monedas, joyas, pistolas finas. A mí, como bichicuma, me entregaron un sable usado, de hoja larga y recta, más español que la siesta.

Lo sostuve como si fuera oro puro. Era mi primera arma “de verdad”. Pero apenas lo probé, supe que algo no encajaba. Era demasiado largo para la cubierta, incómodo entre cuerdas, barriles y cuerpos.

Así que lo llevé al armero de la nave, un tipo tuerto que conocía el acero mejor que su propio nombre. Le expliqué —con palabras que intentaban sonar sabias— que quería algo más manejable.

—Muchacho —me dijo—, tú lo que necesitas es un alfanje, no esa aguja de bordar.

Y tenía razón. El alfanje, un sable corto y curvado, es perfecto para pelear dentro de un barco. Su hoja corta no se engancha en cuerdas ni golpea mástiles. La curva permite cortes rápidos y potentes, ideales en espacios cerrados donde no hay lugar para florituras. Además, su peso adelantado ayuda a que incluso un novato —como yo entonces— pueda golpear con eficacia sin técnica refinada.

El armero hizo su magia: acertó la hoja, le dio una curvatura más pronunciada y añadió una cazoleta metálica para proteger la mano. Aquella cazoleta me salvó los dedos más veces de las que puedo contar, deteniendo hojas enemigas y golpes torpes.

Cuando me devolvió el arma, no era sólo un sable modificado. Era mi alfanje. Equilibrado, práctico, honesto. Un arma pensada para sobrevivir, no para impresionar.

Y así, muchacho, fue como pasé de tembloroso grumete a combatiente con cicatrices. No por valentía pura, sino por improvisación, suerte y aprender rápido qué funciona cuando el mar se tiñe de humo.

Recuerda esto si alguna vez hueles pólvora en cubierta: en un barco no gana el más elegante, sino el que sabe moverse, golpear corto y mantener la mano entera al final del día.

Ahora dame ese ron... que contar batallas da sed, y la memoria también necesita lubricante.



Hno. Caron-T
COMISARIO
NAO VALPARAÍSO

EL PIRATA + EL RON

De la Pluma del Capitán Black, GHM (ME)

El Ron ese licor alcohólico que se obtiene de la destilación de una mezcla de melaza y zumo de caña de azúcar, se asocia desde siempre con la idea del Pirata, sea del corsario bebedor para soportar el frío del bucanero para tolerar el calor, del filibustero para envalentonarse para el combate o el asalto, o bien para soportar el cansancio, las vigiliadas, el dolor de las heridas, para desinfectarlas, para alegrar los cánticos de cubierta, para soportar la soledad, las penas de amores, para disfrazar el hambre, e incluso para amparar las irresponsabilidades

En nuestros tiempos también asocian a los Hermanos de la Costa con el Ron, designación genérica que damos a todas las bebidas espirituosas o pólvoras especialmente por quienes nos ven desde fuera y que han oído, visto o imaginado libaciones etílicas inmoderadas incluso legendarias, ora amparadas desde nuestro propio seno, ora fruto de la jocosa exageración, ora amparadas en una realidad de antaño. Sin embargo, esa no es en la actualidad nuestra vivencia genérica sino sólo de algunas contadas excepciones que, desgraciadamente estigmatizan al grupo, pues cuando el ron se apodera de ellos sus actitudes, sus conductas, su hablar, sus movimientos, su comportamiento con sus cófrades, con las cautivas demuestra obnubilación etílica que, finalmente se le imputa al grupo, por coparticipación o por permisión.

Estos tripulantes reconocen las más de las veces, a falta de cultura alcohólica, que no saben decir basta, cuando parar, que se percatan tardíamente, o sencillamente no perciben su síndrome y se amparan en no estar impulsados por aviesas intenciones, pero no por ello menos molestos para los demás y especialmente para las cautivas, incluso para sus propias mujeres que ven en su hombre una postura reprensible con un pensar, hablar y accionar de pocas luces y ninguna gracia, ello unido muchas veces al hecho irrefutable que se imputa la herida alcohólica a una acción pirática, cuando en realidad corresponde a una escapada con falso justificativo

A estos tripulantes el Capitán les recuerda que hemos sufrido malos momentos y penosas consecuencias, fruto de la inmoderación y de la fraudulenta imputación de estar libando entre piratas, y ve con preocupación que aún hay algunos que persisten en demostrar que las enaltecedoras virtudes, cualidades y talentos que dignifican su presencia con nosotros, los pierden cuando los picaros grados de alcohol cobran su caro precio. Con ello desaparece la sana alegría, el lenguaje afable, los modales distinguidos, las buenas costumbres, el riguroso respeto, lo que definitivamente este Capitán no permitirá y les advierte que vigilará y limitará su ingestión para prevenir situaciones de esta índole en procura de exaltar esta hermosa comunidad espiritual y enseñar esa cultura alcohólica que permita ahondar en el cultivo de la amistad fraterna que nos debe ligar con sólidos lazos evitando atentados contra ella.

Es deber de Capitán.

(De *ANDANADA* Nr 7 Mayo 1999)



ii Los Piratas... también reímos !!



¡¡ Hasta la próxima !!